

NOTA PREVIA

La versión definitiva de este texto en castellano, fruto de su puesta en escena, ha sido publicada en la Col·lecció Premi Max Aub (nº8, Teatres de la Generalitat Valenciana , Valencia, 2006), con un estudio preliminar de Josep Lluís Sirera. Se puede solicitar un ejemplar a LLIG (Llibreria de la Generalitat Valenciana: llig@gva.es) o al Centro de Documentación TGV (teatres@gva.es).

Siguiendo las directrices de la colección de textos dramáticos STICHOMYTHIA, publicamos ahora la versión original en castellano - ganadora del premio Castell d'Alaquàs 2003 - previa a su puesta en escena, y la versión en valenciano definitiva tal y como se estrenó en el Auditorio de Alaquas en diciembre de 2004. El estudio de Sonia Montero analiza el proceso de adaptación del texto a la puesta en escena llevada a cabo por Ximo Flores con el Teatro de los Manantiales (Valencia).

ÁCAROS

SOBRE EL TEXTO

La sensibilidad perdida de los Ácaros.

Los ácaros son seres que pasan desapercibidos a nuestra mirada y, sin embargo, los llevamos pegados a la piel. Están por toda nuestra casa e incluso se acuestan con nosotros en la misma cama. Es el colmo del contacto íntimo. ¿Por qué la gente se compra entonces animales de compañía teniendo todos esos animales a su alrededor? Los ácaros son como de la familia. A veces, nuestra única familia.

ÁCAROS plantea un extraño drama familiar filtrado por un viaje astral. Posiblemente, si nos viésemos por un microscopio, no seríamos tan diferentes a los ácaros. ÁCAROS narra el enfrentamiento entre dos familias: una en proceso de descomposición y otra que no acaba de formarse. Un conflicto generacional donde terminamos por empeorar la herencia de nuestros mayores. Todos buscamos la familia que no tuvimos, que creímos que nos merecíamos, en otro lado. Y, al final, todas las familias son iguales. ÁCAROS también habla de la pérdida de nuestros sentidos, no del sentido de la vida, que eso ya se da casi por perdido, sino de los sentidos que nos adhieren a la realidad. Habla del secuestro de nuestros cinco sentidos, del secuestro de nuestra percepción de la realidad. Cada personaje es un pedazo de nosotros, en diferentes edades, con diferentes sexos. Quizás sólo sea una obra que reivindica reencontrarnos con nuestros sentidos, cuando hoy recibimos por ellos tanta información con la oscura intención de atrofiarlos. El sentido de esta obra está, pues, en los sentidos.

El sentido de este mundo, de nuestras vidas, nunca lo sentiremos si no recuperamos nuestra capacidad de sentir. Perder la sensibilidad es convertirse en un trozo de carne muerta que sólo sirve para ser troceada en los mataderos y vendida, después, en las carnicerías. Y, hoy, los mataderos y carnicerías del mundo ya no dan abasto... No es casual que esta familia de ácaros humanos viva con toda tranquilidad en medio de una guerra... Estamos perdiendo sensibilidad y es lógico que no nos demos cuenta. Y es que igual nos ha salido una obra un tanto insensible o que puede herir sensibilidades... Seguramente no.

xavier puchades

LOS ÀCAROS:

TAXISTA si alguna vez desapareciera de las calles, nada cambiaría demasiado en el mundo. El contador de su taxi seguiría funcionando en el corazón de la ciudad.

MUJER si un día por fin se pusiera a llorar de verdad, sus lágrimas, como enormes olas, se abrirían paso por las calles de las ciudades arrasándolo todo.

VENDEDOR tras conseguir un trabajo como vendedor de billetes de metro, dejó de medir el tiempo con un reloj. Ahora el tiempo pasa con cada viaje sencillo que vende, con cada bono, de diez viajes y mensuales. A veces se pregunta: “¿Dónde están todos esos viajes que he perdido?” Después, se olvida.

DEPENDIENTA ya no recuerda cuándo logró un empleo en unos conocidos grandes almacenes. Ahora dormita en un rincón olvidado de la sección de lencería. Tenía tal cantidad de sueños que se pasa los días buscándolos. Y, aún así, le resulta imposible huir.

LAS PRESENTACIONES

Noche apacible. Ambiente amarillento de farolas.

Interior de un taxi.

El Taxista saca de un bolsillo un cigarro sigilosamente.

Lo observa con deleite, casi lo besa al ponérselo entre los labios.

Cuando está a punto de encenderlo, llega un cliente.

Lo esconde rápidamente en el bolsillo.

TAXISTA.

Buenas noches. ¿A dónde? *(Pausa)* ¿Vive allí? ¿Una amiga? Pues vamos. Dicen que es un edificio muy bonito, ¿no? El de su amiga. Muy céntrico, con un enorme parque interior y piscina. Un edificio inteligente de esos... ¿En qué puede pensar un edificio así? Ahí no vive cualquiera, no. Esos sitios son para gente con pasta. Pero le digo una cosa, ¿se la digo? Yo no viviría en un piso de esos. Ni gratis vivía yo ahí, vamos... Yo me gano la vida con el sudor de esta frente. ¿La ve? Este es mi sudor. Con este sudor podría llenar tres piscinas de esas al día, y le aseguro que soy más inteligente que ese edificio *(Tose asmáticamente.)* Una noche tranquila, ¿verdad? La gente joven, como usted, no se fija ya en estas cosas. Mi hijo nunca se fija y mira que le digo que se fije. *(Pausa)* Es usted muy guapa, de verdad, y seguro que también es inteligente. Seguro que ya tiene novio. Yo, a su edad, estaba casado cien años. Una chica guapa y un chico guapo. Para hacer buena pareja, ya me entiende. Sin embargo... ¿Se ha fijado? Usted y yo hacemos buena pareja, ¿no cree? No tema, estoy casado. Ya le digo. Tampoco soy un chico guapo, ¿verdad? ¿Me ve atractivo? Un poco maduro para una chica tan joven. Más que maduro, mi mujer diría que podrido. Que estoy podrido, por dentro. Tanto años juntos y a veces dice esas cosas, en lugar de decir otras más... Nuestro aniversario fue hace un mes y no tuvo ningún detalle conmigo. Nada. Podría haberse comprado ropa interior, de esa medio transparente, como la que anuncian en las paradas de autobús. ¿La conoce, verdad? Pero nada, ni eso. Yo me alegro con poco, no crea. Con esas prendas íntimas al menos... Si las miras de cerca, en casos como el de mi mujer, claro, porque usted... Con mi mujer tengo que acercarme mucho a la prenda y verle de reojo la piel, así de cerca, para imaginar que es de una mujer más joven, con la piel más suave, como debe de serlo ahora mismo la suya. ¿Su amigo no le dice nada de su piel?

¿No le acaricia? Pero, ¿de verdad que no tiene novio? Me parece imposible. Mire, le propongo una cosa...

Rincón desértico de unos grandes almacenes.

Tenue y exótico hilo musical.

Aparece de repente una mano masculina sosteniendo una atrevida prenda interior femenina. Tiembla. Desaparece rápidamente una vez la Dependienta la ha cogido.

DEPENDIENTA.

Un momento, le atiendo enseguida. Uno, dos... ya está. ¿Le atiende alguien? ¿No? ¿Se lleva esta? No, espere... no me pague todavía. Verá... ¿Dispone de unos segundos? Haga como si le hablase de su compra, de la calidad de la prenda, de su precio asequible, de todo eso... Finja interés en lo que le digo... Haga como que me escucha, como que me escucha atentamente, pero sobre todo, escúcheme... Pero no, no mire hacia otro lado, ahora míreme a mí. A la boca, míreme la boca. Sé que es extraño, que la gente suele mirarse a los ojos cuando habla, pero es mejor mirarse a la boca, créame. Sólo quiero que nos miremos a la boca, un rato. Aquí, sí, ahora. ¿Me ve? ¿Me ve real? ¿Cómo me ve? ¿Me acerco un poco más? Lo siento, me pongo tan nerviosa cuando alguien me mira, me pierden los nervios, los pierdo... ¿Sabe dónde se van los nervios cuando se pierden? ¿Lo sabe? ¿Eh?

Interior del taxi.

TAXISTA.

Le propongo un juego. No se ponga nerviosa, es muy sencillo. Como en los concursos de la tele. Sólo tiene que decir sí o no, sólo eso, sí o no. Si acierta, premio. Si no acierta, le aplaudo y otra vez será. La pregunta es la siguiente: ahora puedo girar hacia la izquierda o hacia la derecha, ¿qué calle prefiere? Piénselo bien antes de contestar. Está bien, le daré pistas. Si giro a la derecha llegamos antes: el viaje le resulta más barato, pero la vista es peor. Si elige la derecha: yo pierdo dinero, pero la vista es mejor. Soy el único que realmente se arriesga. ¿Me oye? ¿Lo está pensando? ¿Usted piensa así? Desde que entró no ha quitado los ojos de la ventana... Lo comprendo, de verdad. Es imposible no admirar nuestra ciudad, la construyeron para no dejar de mirarla. Y me gusta, me gusta mucho que mis clientes disfruten del viaje... Así que disfrute, disfrute...

disfrútelo... Pero contésteme: ¿Derecha o izquierda? El semáforo se va a poner en verde... ¿no? Verde. Bueno, da igual, me dejo ganar. Yo soy así, siempre me dejo ganar. Un pedazo de pan a mi lado no es nada, nada... ¿Me oye? De todas formas, estoy pensando que podría cobrarme de algún modo el dinero que pierdo... ¿No es cierto? ¿Qué le parece un beso? Sólo uno. Un beso aquí, ¿me ve? Es justo. En la boca. ¡Deje de mirar por la ventana! Va a gastar la ciudad con esos ojos tan abiertos. Escuche. Usted me da un beso en la boca y se ahorra unos euros. ¿Qué le parece? Es justo. Un beso por unos euros, por ahí afuera hay mujeres que cobrarían menos. ¿No se decide? Ya, yo también me lo pensaría, porque puedo morderle los labios. Me gusta mucho morder los labios, mucho. Mi mujer se muerde los labios y se come las uñas ella sola. La verdad, no sé cómo he podido estar tanto tiempo con ella. ¿Sabe? *(Tose asmáticamente)*.

Sección de lencería.

DEPENDIENTA

¿Lo sabe? Es una prenda muy bonita, de verdad, sabe elegir, un hombre decidido, seguro de sí mismo, no hay duda... Mire, le seré sincera, la vida vale la pena por sus buenos ratos, y este puede ser un buen rato. No se arrepentirá. Pero tenemos que mirarnos... ¿Quién nos lo impide? Nadie. No le pido tanto. ¿Quiere hacer el favor de no mirar hacia otro lado? Ahora sólo debe fijarse en mí. ¿Vale? En mí, así. ¿Acaso no le gusto? Tiene vergüenza. ¿Es eso? Míreme al cuello entonces. Míreme la espalda. Debería gustarle hasta de espaldas, estoy aquí para eso. ¿No me cree? Mire *(Gira lentamente)* Quiero que sepa que detrás de todo este maquillaje, que detrás de este horrible uniforme, hay un ser humano *(Vuelve a la posición inicial)*. Pero no, no ponga los ojos así, en blanco, por favor, haga cualquier cosa pero no me ponga los ojos en blanco, porque entonces no puede verme. No tema. No hacemos el ridículo, no, yo nunca me atrevería a hacerlo, no puedo... ¿Metálico o tarjeta? Siento que el dinero se interponga entre nuestras miradas, pero es inevitable. Si yo fuera la dueña de todo esto, no pasaría. Fuera de aquí, quizás. Pero déjese llevar, sí, como yo ahora, así, sí, míreme, me estoy dejando llevar por el color de sus pupilas... ¿No se da cuenta? Me estoy dejando ganar por su mirada. Venga, no me deje hablar a mi sola, diga algo. El jefe de sección va a empezar a sospechar que no hablamos de ropa interior, pensará que hay algo más entre nosotros. No, no lo mire, si lo mira le convertirá en piedra. El jefe de sección es capaz de ver a través de la ropa, sus ojos se clavan hasta el alma. Tenga

cuidado. Con usted aquí, a mi lado, no me importa, me siento segura, resguardada por su mirada. Pero míreme, así, sí, no deje de hacerlo... Así, sí...

Interior del taxi.

TAXISTA

No me mire así, ¿esta asustada? Deje el cristal, se romperá las uñas. Soy incapaz de hacer daño a una mosca. Sé perfectamente que usted no es una mosca, pero aunque lo fuera, no le haría nada... En verano sí... El taxi se llena de moscas, y eso que lo llevo siempre cerrado. Imagínese, mi taxi lleno de moscas... Yo, que no puedo tener la boca cerrada. Seguro que no había subido a uno así, tan limpio. Da gusto subir a vehículos así de limpios, sin una mota de polvo. El polvo es un terrible foco de infección. (Tose) No haga eso en el cristal, es molesto. Antes bromeaba. ¿Le parezco jocoso? Mi mujer dice que lo soy, divertido no, jocoso... ¿Qué pasa ahora? ¡Vaya! Están de obras, pues por aquí no podemos ir, señorita. Iremos por otro sitio, damos un poco más de vuelta pero da lo mismo. No se preocupe, no le pienso cobrar más...

Sección de lencería

DEPENDIENTA

No se preocupe ahora por el dinero. ¿Qué importa el dinero cuando se tiene delante una cara bonita? Es más bonita fuera, se lo aseguro. ¿Le apetece un café? Ahí afuera ya es de noche, una noche preciosa. ¿Puede imaginar esta cara bonita en una playa exótica? Lejos de aquí, tú y yo. Solos. Podría robar toda esta lencería por ti. ¿Lo harías por mí? Cada noche sería diferente. Una locura, te propongo hacer una locura.

Interior del taxi.

TAXISTA

No, no estoy loco... Es que me gusta ahorrar. Es bueno ahorrar. Su amiga debe ser una chica bien, una pija, mala gente que gasta el dinero en memeces, que no piensa en los demás, que va a la suya. No tengo nada contra esa gente, pero... Ya me entiende... ¿Usted no será así, verdad? Bueno, parece que estamos llegando. No hay mucha luz por aquí... ¿Ve algo ahí fuera?

Sección de lencería.

DEPENDIENTA

Tome la tarjeta y firme aquí. ¿Se lo envuelvo? ¿Es para su novia? ¿Es un regalo? Lo siento. Tenía que haberlo imaginado. Igual está casado y yo aquí haciendo proposiciones deshonestas. Empujándole al adulterio. Ahora no mira... el jefe de sección, aproveche esta oportunidad, estamos de rebajas: bésame, sí, hágalo, pero deprisa. Haga una locura. ¿No me diga que nunca ha deseado besar a una dependienta del Corte Inglés? ¿No? No me lo creo. ¿Es por esa vergüenza que no le deja vivir? ¿El tema de conversación le pone nervioso? Pierda esos nervios, prometo encontrárselos todos. Todos. Pero bésame.

Interior del taxi.

TAXISTA

Todavía no me ha contestado, ¿tiene novio? ¿Sí? Claro. Lo sabía. Este lugar está desierto. No se ve un alma. Entonces tiene novio. ¿Por qué todas tienen novio? Todas... *(Se da un fuerte golpe en la pierna.)* ¿Ve? Ya me he hecho daño... ya me he hecho daño... últimamente todo me hace daño *(Larga pausa.)* Bueno, ¿se puede saber a qué espera? Ya puede bajar, hemos llegado. Y no se preocupe, no le cobraré nada. Lo del taxi lo hago por afición, me jubilé el año pasado. ¿Me oye? Ahora lo hago por *hobby*. ¿Se ha dormido? ¿Es aquí, no? Salga de mi taxi de una vez. ¿Me oye? ¡Salga de mi taxi! ¡Salga! No se haga la dormida. Sé perfectamente que está ahí. ¿Oiga?

El taxista se gira y vuelve a mirar hacia delante.

Le da un fuerte ataque de tos y suspira, después, resignado.

Sección de lencería.

DEPENDIENTA

(Ríe nerviosa) Cógeme, arrástrame lejos de aquí, méteme en esta bolsa, es de las grandes. Sácame de aquí. Marchémonos lejos, visitemos otros países. Dejemos el café para otro día, podemos tomar té en la India. Dicen que la India está a veces aquí, en el quinto piso, pero es mentira. Huyamos a la India, allí hay mucha gente, nos

esconderemos entre toda esa gente. ¿Qué importan los demás? Soy tuya, ¿es que no te das cuenta? Todo lo que te he dicho no eran indirectas. Sólo tienes que cogermelo de la mano y salir corriendo de aquí. Es tan sencillo. No dejes de mirarme a la boca, no dejes de hacerlo, quiero que veas que lo que te digo es cierto. Que no me tiemblan los labios. *(La mano masculina aparece, coge la bolsa y desaparece.)* Espera, no te vayas sin mí, olvidas cogermelo de la mano, de la mano, fuerte, olvidas mi mano, y sus dedos, olvidas mi cuerpo... Pues recógeme cuando salga de trabajar... Vendrás, ¿verdad? Seguro que vendrá... Ha sido un flechazo, ¿no creen?.

La luz tiembla y al final se va. El hilo musical también.

Silencio.

Se oyen pasos y alguna tos.

Luz.

Pasillo con luces de emergencia encendidas.

Un banco de pared.

Entra el Taxista muy despacio con la Dependienta dormida entre sus brazos.

La deja delicadamente sobre el banco, la mira unos instantes.

Le acaricia y arregla el cabello con cariño.

Se marcha.

Cabina donde se venden los billetes en el metro.

Tenue y exótico hilo musical.

En la calle debe de ser ya de noche.

Ventanilla: ROSTRO del Vendedor de billetes. Llega alguien.

VENDEDOR.

¿Quiere un billete...? ¿Es lo que quiere? No lo niegue, quiere un billete. ¿Verdad? Y piensa que soy la persona ideal... Pues lo siento, no puedo ayudarle... No me quedan billetes. ¿A que no se lo puede creer? Yo tampoco, pero es cierto. Ni uno me queda. Acabo de avisar para que traigan más. Las máquinas no, tampoco funcionan. Nada. No funciona nada. Ni yo. Ni usted. Ya ve porque poca cosa se para el mundo. Tendrá que esperar a que todo vuelva a funcionar. No sé cuánto, pero puede tardar. *(Pausa.)* Yo sólo puedo pedirle disculpas en nombre de los transportes públicos de esta ciudad, no

puedo hacer más. No, no estamos de huelga otra vez. No me ponga esa cara, me he disculpado. ¿No es suficiente? No gruñá, así no solucionamos nada. Hoy le ha tocado a usted, mañana le tocará a otro, incluso a mí y entonces no gruñiré a nadie. *(Pausa)* ¿En qué trabaja usted? ¿Taxista? Entonces debe entenderlo, somos casi de la misma familia, compañeros, hermanos como quien dice, padre e hijo... Mire, si yo llegase un día a su taxi y no arrancara, esperaría, paciente, a que todo volviese a ponerse en marcha. Vivimos en un país civilizado y tenemos que demostrarlo, son pruebas del sistema. *(Pausa)* ¿Sabe que siempre quise ser taxista? Eche un vistazo a su alrededor... ¿Qué ve? Yo se lo voy a decir: nada. Oscuridad y humedad. Aquí dentro nunca entra la luz natural y hasta la eléctrica se va de vez en cuando. ¿Ve? Qué le decía, ya se ha ido. ¿Me ve? Yo a usted sí. Mis ojos están acostumbrados a la oscuridad. Y dígame, ¿cómo van las cosas por ahí arriba? Su trabajo es cojonudo porque se entera de lo que pasa por el mundo. Lo ve caminar desde su coche, lo escucha respirar por la radio. Aquí no nos permiten tener radio porque hay hilo musical. Se va la luz, pero el maldito hilo musical sigue funcionando. ¿Lo entiende? Los que nos oyen desde fuera piensan que así, con esa música, somos felices. Ahora ponen música árabe o... india, bueno no estoy seguro. ¿Le gusta la música árabe? ¿Y la india? ¿No está seguro? Yo tampoco, aquí nadie está seguro de nada. Ni viajar en metro lo es. Yo podría viajar gratis, de hecho debo hacerlo, para promocionar el transporte público, ya me entiende. Pero no, me niego. Si le digo que sólo he montado una vez, cuando se inauguró... Desde entonces ya no he vuelto a subir. Y usted siempre ahí arriba, con su taxi, viendo chicas, viendo el mundo. Aquí la gente se pone triste. Es bajar esas escaleras y ya está, la tristeza se agarra a sus rostros. A veces la he visto. Mírese aquí *(enciende una linterna, en el cristal se refleja un rostro borroso)*, ¿Se ve? ¿La ve? Es la tristeza. Seguro que por ahí arriba usted es más alegre. *(Apaga la linterna)* El otro día conocí a una chica fantástica, alegre, guapa... y me fui corriendo. No estoy acostumbrado, me dio miedo. Aquí dentro parezco un pez dentro de una pecera, una pecera con persianas, estoy ridículo. Así es imposible seducir a nadie. ¿Quién se fija hoy en un pez? ¿Le gustan los peces? *(Vuelve la luz)* Veo que sigue aquí. Ya podemos vernos a la cara. Cara a cara. Esto le va a gustar. Mi bisabuelo fue taxista, mi abuelo, taxista, y mi padre también, taxista... ¿Se lo puede creer? Lo llevo en la sangre. Pero no puedo entrar a una autoescuela, no sé qué pasa, el ambientador que usan, no sé, alergia... El caso es que no tengo carné de conducir. Lo más cercano a un taxi que encontré sin carné fue esto, la pecera del metro. A la chica del otro día la miré a los ojos y ¿sabe lo que vi? Dos pequeñas peceras, llenas de peces tristes, como las

personas que viajan en el metro, todas iguales, alrededor oscuro y los peces, las personas, flotando en silencio. Y en esos ojos, dentro de ellos, estaba yo, flotando también. Por eso me asusté y me fui corriendo. Si el metro llegase a la India volvería a por ella, quería viajar, me dijo. Los políticos nos dicen eso, que el metro está en expansión, siempre en expansión, que llegará un día en que todos los metros del mundo se encontrarán y ya no habrá fronteras. Entonces volveré a por ella, sé que me esperará. Lo hará *(Pausa)* Tome, mi bono personal. Se lo regalo. No lo utilizo. ¿No lo quiere? ¿A dónde va? Por ahí no se baja, eso es la salida. La gente impaciente no tiene futuro en este mundo, ¿sabe? No se puede ir por ahí haciendo lo que nos da la gana, ¿me oye? ¿Me oye? *(Pausa)* Bueno, da igual... Vete, siempre has hecho lo que te ha salido de las narices...

Taxista hablando por la radio del taxi.

TAXISTA

Formamos parte del grupo más antiguo, diverso y numeroso de animales que ha existido desde que apareció la vida en este planeta. Aparecimos en los mares hace más de 500 millones de años. Fuimos los primeros en pasar de un ambiente acuático a otro terrestre, fuimos tierra adentro y supimos adaptarnos al medio. Somos muy superiores en número al de todos los demás seres vivos juntos *(Pausa)* ¿Me recibe? *(Pausa)* ¿Hay alguien ahí?

Cuelga el micrófono. Ataque de tos.

Frente a la cabina de venta de billetes de metro. Hilo musical tenue y exótico.

Sale de ella el Vendedor sin su uniforme.

Va bien vestido, se peina en el reflejo de los cristales de la cabina.

Lleva un paquete pequeño envuelto en papel de regalo.

Mira la hora. Es tarde. Se le cae el paquete.

Lo coge. Se marcha con prisa.

Banco de un andén de metro.

Se escucha el mismo tenue y exótico hilo musical anterior.

Mujer con bata y zapatillas de ir por casa, sentada. Sonríe. Junto a ella, una pila de platos, cacharros de cocina... Como si acabase de fregar.

MUJER

¿Ves? ¿Qué te había dicho? ¿Cuánto hemos tardado? Nada. Es como si nunca hubiésemos ido. Tus amigos dirán lo que quieran, pero no era para tanto. Ha sido llegar y al momento... Te has librado de una buena. ¿Qué sabrán tus amigos? ¿Fueron con sus madres? ¿A que no? Ah, claro... Si vas sin tu madre, ¿dónde van a hacerte caso? Díselo a tus amigos, a tus colegas, díselo: "pues yo fui con mi madre y lo arreglé enseguida..."

¿A qué no eres capaz? ¿A que no? Eres como tu padre, igual, mucho de aquí, de boquilla, para luego callaros durante días y años. *(Pausa)* ¿Qué pasa, riñoncito? ¿No dices nada? *(En un susurro)* ¿Está prohibido hablar en el metro? ¿Por qué no viene? Siempre están de huelga... No, no me callo, al final no se podrá hablar en ningún sitio. Y no me pongas esa cara, la misma cara que tu padre... ¿Y esto? Ahora se va la luz, lo que faltaba... *(La luz sigue encendida)* Trabajar aquí debe ser horrible... ¿Tienes hambre? ¿No? ¿Cómo vas a tener hambre si acabas de comerte un bocadillo con una CocaCola? Claro que no tienes hambre, si acabas de comerte un bocadillo enorme, hace nada, a las diez. ¿Han oído? "No tengo hambre". Pues claro. Pero no te preocupes, a la una el hambre volverá, seguro, eso te lo dice tu madre. Y comerás todo lo que encuentres en tu camino, como un hombrecito, te comerás el mundo. Luego, debajo de casa, en el súper, te compraré... ¿Qué quieres que te compre? Para comer... A la una. ¿Cómo que tampoco tendrás hambre a la una? A esa hora todo el mundo tiene hambre, el mundo entero se muere de hambre a esa hora, hasta tu padre deja de trabajar para venir a comer a casa. Podría decirse que no sale ni para comer de ese maldito coche, pero no, no se puede, él sale a comer, no le gusta comer allí, dice que se mancha la tapicería. ¿Y la casa? ¿Eh? ¿La casa no se ensucia? Al final no vamos a poder comer en ningún sitio. Todo lleno de polvo. Y yo se lo digo, porque no me callo nada, cuando tengo que decir algo lo digo, y bien alto, sin vergüenza, aunque sea a tu padre, aunque nadie diga nada y todos me miren como sapos cuando hablo, sí, como sapos que no han roto un plato en su vida. Pues yo sí, he roto, y no pocos... *(Pausa larga.)* Un pinchito... Sí, un pincho moro de esos de carne, para hacer a la brasa. ¿Qué te parece, riñoncito? Te compraré un pinchito moro para comer, qué bueno... No son caros, te puedo comprar hasta tres. Más no, que luego te duele el estómago y no vas al cole. ¿Te irás más pronto hoy? ¿Por qué? ¿Antes de comer? Pero si a la una estarás muerto de hambre y... *(Pausa)* ¿Y... para qué te vas antes si se puede saber? Entonces te pondré un bocadillo. Un bocata de pincho moro. Ten cuidado con el palo, el palo no se come, te lo he dicho

siempre. ¿A un colega? ¿Qué tienes que decirle a un colega que no se lo puedas decir más tarde, que no se lo puedas decir a tu madre? ¿No será una amiguita...? Ya sé que no te vas aún, ya lo sé, no estoy tonta. ¿Es tu novia? Pero creo que no hace falta que te vayas tan pronto, podrías esperar a que viniera tu padre, hace semanas que no coincidís en la mesa. ¿Conoces a sus padres ya? A mí me gustaría que comiéramos todos juntos, los tres, tres pinchitos para cada uno, juntos. Como el resto de familias. Como las que salen en la tele. ¿Qué pensarían los padres de tu amiguita si...? Y no me hagas gritar, no me hagas enfadar y montar un escándalo. Sabes que puedo hacerlo. No me gusta que la gente me mire, lo sabes, que escuche cosas que no les interesa, lo sabes... Porque son mías, nuestras, de la familia, secretas, privadas, de tu padre, tu madre y tuyas. De nadie más. Y sobre todo, porque me miran... ¡Deja de mirar al suelo así! Mira. Ya ha vuelto la luz... *(Se apaga la luz, quedan las luces de emergencia.)* Dime, riñoncito... ¿Qué vas a querer para comer? ¿Compro o no compro los pinchitos? No, lo que yo quiera no, siempre lo que tú quieras. ¿Qué tienes que decirle a ese colega? ¿No será el Blas? No me gusta nada el Blas, ni cuando está callado ni cuando dice tonterías, porque sólo dice tonterías incluso callado. Como su madre, ¿qué le habrá pasado a esa mujer en la lengua? Y tú, ¿qué me dices, riñoncito? ¿Te hago un bocata y te lo llevas? Tengo una idea, ¿por qué no llamamos a tu padre y que venga a recogerte, con el taxi? Te lleva al instituto y tú mientras, en el coche, te comes el bocata... ¿Qué te parece? ¿Eh? Y le ensuciamos la tapicería, se la llenamos de migas y aceite *(Ríe. Su risa es enorme. Arranca muy fuerte y va apagándose lentamente)*. Pero di algo, hijo... ¿Qué me calle? *(Silencio tenso)* ¿Has dicho que me calle? *(Pausa)* ¿Han oído eso? ¿Lo han oído bien todos? Mi propio hijo, el de cada una de mis entrañas, mi riñón más querido, me obliga a callar, a callar delante de toda esta gente, de todos ustedes, callar... A mí, que no puedo callarme nada. ¿Y quieren dejar de mirarme con esos ojos de sapo? ¿Eh? ¿No ven que estoy a punto de romper a llorar? ¡¿No lo ven?!

Se escucha llegar al metro y pasar de largo. La Mujer lanza al suelo la pila de platos. Después, se marcha.

LOS NUDOS

*Aparece el Taxista. Observa a la mujer sentada en el banco.
En todo momento guardarán una distancia prudencial.*

TAXISTA.- ¿Con quién hablas?

MUJER.- ¿Se puede saber qué haces tan pronto en casa? ¿No hay gente por las calles esta noche? No, no digas nada. Sabes perfectamente de lo que hablo: de ese tipo de gente a la que no le gusta andar, que por no andar unos metros pide tus servicios. ¿Eh? ¿No hay gentuza de esa por las calles a unas horas tan propicias para serlo? ¿No me irás a decir que todas las calles están vacías? ¿Qué toda la gente ha dejado de estar cansada? O al revés, que toda está demasiado cansada para salir a cansarse un poco. No me lo digas, porque no me lo creo. Y no me mires con esa cara, con esos ojos, sobre todo con esas... ojeras... Pero, ¿se puede saber de dónde vienes con esas ojeras?

TAXISTA.- Estoy un poco cansado. Me voy a la cama. Y no, no había nadie por las calles. Ni un sólo cliente.

MUJER.- ¿Dónde dices que vas? ¿Vas a dejar pasar el día sin hablar un ratito con tu mujer? Ni se te ocurra. ¿Me oyes? Sabes que no lo soporto, que cuando te veo me entran unas ganas locas de hablar, que siempre tengo cosas que decirte, que siempre las digo y que no me callo hasta que las suelto todas... Pero para eso necesito que no me dejen hablando sola, no me gusta hablar sola, quien me vea puede pensar que me he vuelto loca. Tú que me ves, ¿crees que me he vuelto loca?

TAXISTA.- Está bien... Puedo aguantar un poco más. *(Pausa larga)* ¿Y el chaval?

MUJER.- Duerme. Todos duermen. *(Pausa)* Hoy tampoco has venido a comer. Te hemos esperado para que lo acercaras a la universidad. Seguro que ha llegado tarde. Otro día más sin ver a su padre. ¿Cuándo vas a dejar de trabajar las 24 horas del día? Dime. ¿Cuándo? Dios mío... ¿Cómo puedes trabajar las 24 horas del día? ¿De verdad trabajas todas esas horas? Pero cómo puedes... Tenemos así, todo el día, todos los días, lo mismo, ¿por qué?

Silencio

TAXISTA.- ¿Te has fijado si le ha crecido vello por alguna zona de la cara?

MUJER.- ¿A quién?

TAXISTA.- A quién va a ser...

MUJER.- ¿Por la barbilla?

TAXISTA.- Por la barbilla, por el cuello, por donde sea...

MUJER.- Claro que sí... No me he fijado bien.

TAXISTA.- ¿Sí o no?

MUJER.- No estoy segura.

TAXISTA.- ¿No estás segura? ¿De no haberte fijado bien o de si tiene o no tiene vello?

MUJER.- No estoy segura de nada de lo que me preguntas. ¿Se puede saber qué quieres?

TAXISTA.- Saber, pero saber cosas importantes... y no eso de llegar demasiado tarde o demasiado pronto a la universidad. Hay que fijarse joder, hay que fijarse... Está en una edad muy delicada. Si ya le ha crecido algo de pelo en la barbilla o en las mejillas, la cosa cambia, cambia totalmente. Deja de estar en una edad delicada, y ya no tenemos que preocuparnos por nada. ¿Has oído el sonido de la máquina de afeitarse? ¿No? ¿Sí? Deberías prestar más atención al chico, esas cosas luego las notan, con el tiempo. No digo que lo mimes, claro, porque eso sería peor. Pero que se sienta querido, coño, que vea que le tienes cariño... Y sobre todo, que te vea segura.

MUJER.- ¿Dónde lo has dejado?

Silencio. El Taxista bosteza.

TAXISTA.- No quería arrancar, no sé qué ha pasado. He llevado a una chica a la calle de los pijos, se ha bajado, he esperado a que se metiera en el patio y cuando he ido a arrancar, nada... Estoy preocupado, en todos estos años nunca había fallado así... Es un buen coche, tú lo sabes, incluso mejor que yo... A veces pienso que no lo merezco.

MUJER.- Es normal, sólo es una máquina. Y 24 horas en marcha, todos los días, eso no hay máquina que lo soporte.

TAXISTA.- Mi taxi es algo más que una máquina. ¿Me oyes? Es otra cosa, una cosa especial.

Silencio.

MUJER.- Hoy he estado a punto de llorar. Por muy poco. Hacía tanto tiempo que...

El Taxista vuelve a bostezar ruidosamente y tiene un pequeño ataque de tos.

TAXISTA.- Bueno, ahora sí. Creo que es suficiente. Me voy a la cama.

MUJER.- ¿Sabes por qué?

TAXISTA.- ¿Por qué, qué?

MUJER.- Pero... ¿Por qué cojeas ahora?

TAXISTA.- ¿Qué?

MUJER.- Cojeas. ¿No habrás tenido un accidente? A ver esas ojeras, tú me ocultas algo. ¿Es para no asustarme? ¿Verdad? ¿No serás capaz de hacerme eso? A mí, no ¿eh? Pero contéstame, me estás asustando... ¿Qué ha pasado?

TAXISTA.- Es... la rodilla. Di un frenazo y me la golpeé con el volante.

MUJER.- ¿Un frenazo? No habrás vuelto con tus manías...

TAXISTA.- Yo no tengo manías.

MUJER.- No me gustaría que volvieras a las andadas. Al vicio. Hazlo por mí, por nuestro hijo. Por la gente...

TAXISTA.- No sé de qué me hablas. Ese es el problema, que nunca sé de qué hablas cuando hablas... ¿Se puede saber de qué hablas?

MUJER.- Lo sabes perfectamente. Además, ya no me apetece hablar más. ¿No estabas cansado? Pues vete, vete a dormir de una vez.

TAXISTA.- Yo nunca estoy cansado. ¿Me oyes? Nunca. Además, ahora me has quitado todo el sueño. Me marcho.

MUJER.- Eso es, huye, huye. Vete. Vete con tu sueño, vete a tu taxi a pasar la noche en vela, a no pegar ojo... ¿Crees que no sé dónde vas?

Silencio tenso. Se miran.

TAXISTA.- Tú no sabes nada. *(Pausa)* Y a ver si limpias un poco esto, está lleno de polvo.

El Taxista se marcha.

MUJER.- Abrígate, hace frío. ¿Sabes? Tenía una buena noticia que darte, creo que el niño tiene novia. No me has dado tiempo a decírtelo. ¿Qué te parece, imbécil? Nos hacemos viejos. ¿Me oyes, imbécil? Cualquiera día seremos abuelos. Por eso es importante que esta noche no salgas, imbécil... Es peligroso. *(Al lateral por el que se ha marchado el taxista)* Y usted, ¿qué hace ahí? ¿Ha venido siguiendo al imbécil de mi marido como un perro? ¿Qué mira? No me gusta nada su mirada. ¿Nadie se lo ha dicho nunca? ¿No ve que estoy a punto de romper a llorar?

La mujer busca algo en un bolsillo de la bata. Se levanta. Saca un pañuelo, lo tensa y se dirige decidida hacia el lateral hacia el que miraba y desaparece.

Visión frontal del interior del taxi. Música tenue y exótica.

Taxista dentro, apaga la radio. Silencio.

Prueba a hablar por la radio pero desiste. Tiempo.

Saca con cuidado un cigarro, lo observa con placer. Cuando lo va a encender entra el Vendedor del metro con prisa.

El Taxista esconde rápidamente el cigarro y deja que su mirada se pierda en el vacío.

El Vendedor lleva el paquete envuelto en papel de regalo en sus manos.

Se ha sentado junto al asiento del conductor.

VENDEDOR.- Buenas noches. Rápido, tengo una cita. A la calle... *(Se detiene al ver al taxista.)*

TAXISTA.- Por favor continúe, continúe... Está usted como en su coche, pero no soy adivino. Es más, dudo mucho que algún día, llegue a serlo. No creo demasiado en ellos. Por otro lado, si es una adivinanza, tengo que decirle que no soy demasiado bueno. No las distingo de las frases corrientes. Además, odio las adivinanzas casi tanto como los crucigramas. No soporto ese tipo de cosas para perder el tiempo. Yo, si quiere, le doy todo el tiempo que quiera, con la única condición de que piense bien qué es lo que realmente quiere decirme. Píenselo el tiempo que necesite, no vaya a decir una tontería, pero se le advierto: el tiempo vuela... Y todo el tiempo del mundo sería demasiado para decirme el nombre de una calle, ¿no cree?

VENDEDOR.- Veo que está usted más hablador. Hace un momento sólo hablaba yo. ¿Se acuerda de mí?

TAXISTA.- ¿Hace un momento? ¿Cuánto es para usted un momento?

VENDEDOR.- ¿Pero cómo es posible que no se acuerde?

El Taxista lo mira unos segundos. Después, vuelve a su estado inicial.

TAXISTA.- Lo siento, creo que se confunde. No lo conozco de nada.

VENDEDOR.- Pero, usted es... taxista... el taxista.

El Taxista lo vuelve a mirar.

TAXISTA.- Evidentemente. Esto es un taxi y yo estoy al volante, sería muy raro que fuera un vigilante de discotecas, aunque podría darse el caso, quién sabe. Mire, yo estoy en este taxi todos los días, y cuando digo todos los días quiero decir, todos, todo, las 24 horas de cada día. ¿Sabe cuántas personas suben a este taxi al día? Diga un número, pruebe, inténtelo... Un número, no hay tantos. Le aseguro que no suben sólo dos o tres personas, le estoy hablando de grandes cifras, de números con muchos ceros. Pues a pesar de ello, a pesar de toda esa cantidad de gente que sube y baja de mi taxi, a pesar de ello, repito, me quedo con todas las caras, con todas, y es imposible que se me olvide alguna. Todas las tengo aquí dentro, ¿las ve? Detrás de esta frente tan sudada. De esta cara. A veces, saludo a personas que no me conocen, que ya no se acuerdan de mí, en otros coches, en otros taxis, o por la calle, y no se acuerdan. Se han olvidado de mí, ¿qué le parece? Pero yo no, yo no soy así, nunca olvido un cliente. Si te olvidas de ellos, te olvidan a ti. Y eso no es un buen negocio. Y le cuento todo esto porque esa cara, la suya, nunca, nunca, ¿me oye? Nunca se reflejó en este espejo retrovisor ni se distorsionó en estos cristales laterales. Hoy es la primera vez que sube a este coche. Si todo esto es cierto, que lo es, no hay duda que usted me confunde con otro, con otro taxista, quizá.

VENDEDOR.- Es posible. Aunque para ser la primera vez que soy su cliente no está siendo usted muy amable. ¿Usted es así siempre, así de desagradable?

TAXISTA.- Me alegro mucho de que me dé la razón. Me alegro de verdad. También que quiera ser mi cliente. Pero me entusiasma mucho más tener razón. Eso indica que no estoy haciéndome viejo, y que mi memoria es excelente.

VENDEDOR.- Yo no he subido nunca a su taxi.

TAXISTA.- Está bien, eso ya lo ha dicho, me lo creo... ¿Ya sabe a qué calle va?

VENDEDOR.- Pero...

TAXISTA.- ¿Pero?

VENDEDOR.- Usted me conoce... En el metro, hace unas horas... Todo el mundo lo ha visto, bueno no lo ha visto exactamente, pero se lo imagina. *(Pausa)* Es imposible que no se acuerde si tiene tan buena memoria. No quedaban billetes. Estuvimos hablando un rato, mientras traían billetes nuevos. Y después, eran de autobús... Usted se dio cuenta y los rompió, ¿verdad? Creyó que le tomaba el pelo y por eso los rompió, pero yo no...

TAXISTA.- Escúcheme bien, joven. Porque usted es todavía demasiado joven. Yo nunca he ido en metro. Allí sólo trabajan cobardes. Gente que se esconde del mundo y que te mira con ojos de sapo cuando les preguntas algo. Por eso, si alguna vez tuviera que ir forzosamente en metro, no abriría la boca. En mi taxi es diferente, se puede hablar, conversar, opinar sobre cualquier cosa: desde el estado del tiempo a un análisis en profundidad de la última guerra. Han hecho estudios, estudios serios, se han pasado años estudiando el cerebro de los taxistas, y han llegado a conclusiones. Conclusiones importantes. Nuestra masa encefálica crece significativamente a lo largo del tiempo, al aprender la lista de calles. Tengo en mi cabeza todas las conversaciones de todas las calles de esta ciudad. Puedo hablarle de lo que quiera. Dígame de una vez dónde tengo que llevarle. La gente empieza a hacer cola ahí afuera, a correr de un lado a otro. No tengo todo el día.

VENDEDOR.- Pero mírese... Escúchese... Me gustaría tanto ser como usted. Coger fuerte ese volante, pisar el acelerador y salir corriendo hacia cualquier rincón perdido de la ciudad. Vivir aventuras urbanas, nocturnas, y también diurnas, por qué no... Coquetear con las clientas que vuelven tarde a casa... Es usted increíble...

El Taxista pone la radio. Volumen alto de música exótica.

VENDEDOR.- ¡¡A la calle Historiador del Mar, por favor!! ¡¡Historiador del Mar!!

El Taxista apaga la radio.

TAXISTA.- ¿Junto a los grandes almacenes?

VENDEDOR.- Sí, por favor. Junto a los grandes almacenes.

TAXISTA.- Así me gusta, las cosas claras. Economía verbal, economía verbal... Siempre lo digo. Las palabras justas, sólo las justas, para poder entenderse a la perfección. Contención austriaca. ¿Conoce la llamada contención austriaca? Pocas palabras para ponerse enseguida de acuerdo. Enseguida. Los austriacos opinan que hablamos demasiado y no decimos nada. ¿Qué piensa de ello? Atento, es un interesante tema de conversación. Yo sospecho que es cierto. Si quienes nos gobiernan hablaran menos pero con más precisión, las cosas no estarían como están... no... Economía verbal y menos gritos, en mi taxi no está permitido gritar... No soporto a la gente que monologa y sólo se escucha a sí misma, es insoportable.

El Taxista coge el volante.

Tiempo.

No se mueven.

VENDEDOR.- Oiga, el contador... ¿No lo pone en marcha?

TAXISTA.- Está en marcha desde que entró. Esto le va a costar los ojos de la cara, los dos. Pero ya se lo dije antes, le dije claramente que el tiempo volaba.

VENDEDOR.- Parece parado.

TAXISTA.- Le dije que le daba todo el tiempo del mundo y no me creyó.

VENDEDOR.- Déjese de tonterías. Ese cacharro no funciona.

TAXISTA.- No se preocupe, sacaré la cuenta de cabeza.

VENDEDOR.- Pero...

TAXISTA.- Le he dicho que no se preocupe, ¿no confiaba en mí? ¿Eh? ¿Es que no confía en mi palabra? Pues se la doy, le doy mi palabra. ¿Acaso cree que le voy a cobrar de más? Mi palabra vale más que todo lo que pueda usted pagarme por un viaje, aunque sea al fin del mundo. ¿Qué digo al fin? Al principio del mundo. Ya nadie cree en lo que dicen los demás. Nos hemos vuelto tan desconfiados. Y eso es terrible. Además... Esta noche no conviene encender las luces y, bueno... El coche tampoco funciona.

VENDEDOR.- ¿Cómo?

TAXISTA.- Hace más de tres horas que lo intento y nada, no arranca. Nunca antes le había pasado una cosa así. Se lo aseguro. Nunca. *(Pausa)* Y lo peor va a ser la reparación... Y esta incertidumbre, no saber lo que me va a costar la reparación hasta mañana, cuando los mecánicos despierten y abran sus talleres. Tres horas llevo parado aquí, y seis que faltan para que amanezca. Es la ruina, la ruina total. Voy a defraudar a mis mejores clientes. ¿Qué pensarán de mí? ¿Qué pensará usted ahora mismo de mí? ¿Por qué me mira así? Antes dijo que no se enfadaría. ¿Somos colegas, no es cierto? Aparte de mí esos ojos, esas ojeras... Mierda, ¿por qué me escuecen tanto los ojos?

Silencio.

VENDEDOR.- ¿Quiere un *kleenex*? Llevo un paquete.

TAXISTA.- ¿Un *kleenex*?

VENDEDOR.- Sí, un pañuelo de papel

TAXISTA.- Así que era por eso...

VENDEDOR.- ¿Lo quiere o no lo quiere?

TAXISTA.- Largo de mi taxi. ¿No tengo bastante con ver a gentuza como tú por el día en los semáforos que también tengo que soportaros ahora de noche? Deberían... ¿Qué pasa, que ahora os metéis en los coches por las noches para hacernos llorar y vender mejor así vuestra mercancía? ¿Eh? Largo de aquí. Fuera. La estrategia de venta ha

fallado. ¿No te das cuenta? Yo soy un tío, un hombre, un taxista. Lo que pasa es que no tienes cojones. Eso es lo que pasa. Si quienes nos gobiernan tuvieran cojones, no pasarían las cosas como pasan. Tú, por ejemplo, no pasarías. La gente como yo sí, está curtida, ¿sabes? Y nunca, nunca se ha sabido de ningún taxista que llore, y menos que venda *kleenex* para vivir. Antes se mueren de hambre pero con la cabeza bien alta. Si alguna vez, escucha, ves un cadáver con la cabeza bien alta, no lo dudes, era un taxista. Abre, abre esa puerta de una vez y lárgate, escóndete entre el resto de gentuza... ¿O es que también quieres limpiarme los cristales? ¿Eh? Si es así, ni lo intentes, los cristales de este taxi sólo los limpio yo, ni a mi mujer le dejo tocarlos, son sagrados, a través de ellos veo el mundo. Y mucho más, las vidrieras de las catedrales no son nada al lado de estos cristales. Y los limpio porque gente como tú los ensucia. Sin gente como tú no sería necesario limpiar nada. Y la gentuza como tú debería saberlo y no ir por ahí ensuciando nuestra visión del mundo. Como los pijos. Sólo la raza de los pijos es peor que los de tu calaña, pero eso no te salva, no...

VENDENDOR.- Se está confundiendo...

TAXISTA.- Y, ¡otra cosa! A los taxis, a los taxis decentes como el mío, el cliente sube en el asiento trasero, siempre detrás. Para poder verle bien la cara mientras se conduce. Además, ahí donde estás tú, sólo se sienta mi mujer, ¿comprendes? Mi mujer o mi hijo... Mi hijo que debe tener ahora mismo tu edad, y no por eso está por ahí, haciendo el golfo. Está en casa, durmiendo. Donde tendría que estar todo el mundo a estas horas, durmiendo. ¿Es que no sabes qué hora es? La hora más dulce, la del sueño. Pero tú, claro, ¿qué vas a saber? Tú no eres de este mundo, por eso estás despierto y haciendo el golfo, para que yo tampoco pueda dormir...

VENDEDOR.- Precisamente ese es el problema, que todo el mundo está durmiendo. Y nosotros dos, todavía, estamos despiertos. Siempre estamos despiertos. *(Pausa)* Y olvídale, los mecánicos no abrirán mañana sus talleres. Ni pasado, ni al otro. Una vez empiezan estas cosas, no se sabe bien cuándo acaban. Y no pienso venderte ningún *kleenex*, y ni mucho menos limpiarte los cristales. *(Pausa)* Si quieres dormir un poco, hazlo, nunca te había visto tan cansado. Yo velaré tu sueño.

Taxista y Vendedor miran al frente.

El Vendedor le da el paquete envuelto en papel de regalo.

VENDEDOR.- Es para ti. Un regalo para regalar. Está un poco nerviosa, ha vuelto a romper toda la vajilla.

Se miran. Oscuro.

Pasillos del metro que llevan al salón. Restos de vajilla rota por el suelo.

Publicidad al fondo de grandes almacenes.

Dependiente y Mujer sentadas. Mujer con bata.

La Dependiente, que viste de calle, está atada. Con las muñecas a la espalda y los ojos vendados.

A la Mujer, de vez en cuando, se le pierde la mirada.

MUJER.- ¿Le sucede algo? ¿Cómo se encuentra? ¿Puedo hacer algo por usted?

DEPENDIENTA.- No sé. Es que... Es como si...

MUJER.- Si está en mi mano hacer algo...

DEPENDIENTA.- ¿Algo? No, no se preocupe, estoy bien.

Silencio

DEPENDIENTA.- ¿Sabía que si a una persona le anulan uno de sus sentidos, el resto se potencia sorprendentemente?

MUJER.- No, no lo sabía.

DEPENDIENTA.- Pues eso precisamente es lo que me preocupa. Lo que hace que mi gesto no sea del todo tranquilo. Lo que todavía me ha impedido dormir. ¿Cuánto duerme usted? Normalmente.

MUJER.- Según... ¿Con los ojos abiertos o cerrados?

DEPENDIENTA.- ¿No me diga que es capaz de dormir con los ojos abiertos? Siempre he admirado a esas personas que parece que te miran pero que en realidad están durmiendo. Le aseguro que a veces me he movido mucho delante de ellas, mucho, y nada, no se despiertan. ¿Dónde están esas personas entonces? Dígame, ¿dónde está usted cuando duerme con los ojos abiertos?

MUJER.- La primera vez que mi marido me vio dormida con los ojos abiertos pensó que me había muerto. (*Ríe con su risa enorme*) Y no dijo nada. Se quedó un rato mirándome y después se marchó a trabajar.

DEPENDIENTA.- A mí siempre me ha molestado que me observen mientras duermo, sobre todo desconocidos. No soporto que me observe gente que no conozco de nada mientras duermo. Me pone muy nerviosa. Y, sin embargo, no puedo impedir quedarme dormida en el metro. Siempre, siempre me duermo. Y no me despierto hasta la última parada. Sólo cuando escucho “final de trayecto”, abro los ojos.

MUJER.- Yo lo heredé de mi madre.

DEPENDIENTA.- ¿El qué?

MUJER.- Eso. Murió con los ojos abiertos. Mi padre, el médico, el forense... todos intentaron cerrárselos y nada, no pudieron. La enterramos así, con los ojos abiertos. En el velatorio parecía que nos velaba ella. Hubo un momento en que nos quedamos todos dormidos. Cuando despertamos, allí estaba ella, mirándonos con esos ojos enormes de amargada. La defraudamos hasta en su velatorio. A pesar de todo fue una gran mujer, mi madre.

DEPENDIENTA.- Yo nunca he visto a un muerto de verdad. Nunca. En la tele y en el cine, en fotografías, debo haber visto millones ya. Sin embargo, nunca he visto un muerto de verdad. ¿No le parece extraño?

MUJER.- A mí, la juventud ahora, siempre me ha parecido mucho más joven que la mía.

DEPENDIENTA.- ¿Cómo?

MUJER.- Que los tiempos son otros.

DEPENDIENTA.- No la oigo bien. Sin embargo, sé perfectamente que usted tiene una voz potente, como su risa. Creo que estoy perdiendo oído. Hace un rato que los oídos me fallan. Y creo que con el olfato me está pasando algo parecido. ¿A qué huele ahora?

MUJER.- ¿No huele? Pues el olor es bastante molesto porque (...)

Pasa un metro bastante largo a gran velocidad con su ruido característico.

Pasa de largo. Las mujeres continúan su conversación como si nada.

(...) nunca me interesó, y más ahora, a cierta edad, lo mejor en esos casos es cerrar los ojos y esperar. Resulta más económico y eficaz. Mi marido es la economía en persona. Si no se le conoce bien se diría que es austriaco. El despilfarro es para otros, para esa gente que se puede permitir despilfarrar sobre nosotros... Odio a esa gente, como mi marido. No es envidia, es angustia, y una extraña mezcla de respeto y admiración. No sé. Lo que es seguro es que sólo con el ahorro se llega siempre a un acuerdo, mi marido y yo llegamos a uno, a cerrar los ojos cuando lo hacemos... Cada vez menos, claro.

DEPENDIENTA.- Pues yo cada día que pasa tengo más ganas, pero de hacerlo bien. En la India sí que recuperaría todos los sentidos en un plis-plas. Allí, las mujeres se perfuman las manos con jazmín, el cuello con keora, se untan los muslos con sándalo, el pubis con almizcle... Y no sé qué más. Y cuando se les cae la noche, una de esas noches de astros propicios... Extienden sus pieles desnudas cerca de los ríos, y si están en casa abren todos los grifos... Es importante la presencia del agua. Cuando el amante llega de trabajar, se miran, se cantan melodías hermosísimas y se acarician muy lentamente hasta quedarse casi dormidos... Si y sólo si ocurre todo eso, y no es tan difícil... El coito puede durar días, como lo oye, semanas enteras... Y todo ese tiempo yo estaría con los ojos bien abiertos, para no perderme nada... Sintiendo como mis sentidos van, uno a uno, volviendo a mi cuerpo. Todos. Tener todos los sentidos y atreverse a tenerlos. ¡Sí! Areverse a tenerlos. A tenerlos todos.

MUJER.- ¡Qué despilfarro! ¿Y el hombre?

DEPENDIENTA.- ¿El hombre qué?

MUJER.- ¿No se pone ningún perfume, no se pone nada?

DEPENDIENTA.- Del hombre no decía nada el manual, no sé...

MUJER.- Demasiadas condiciones... Es imposible que se cumplan todas al mismo tiempo. Que ingenuidad... La vida es otra cosa, y no por eso peor. En mi caso, por ejemplo, todo es mucho más sencillo. Basta con que mi marido se haya duchado y yo me haya duchado ese día, a veces incluso, es una condición prescindible... Siempre es de noche, claro, en mi casa siempre sucede todo de noche. Ya le he dicho que lo hacemos todo con los ojos cerrados, y estas cosas las hacemos sólo en la cama, es más cómodo que en medio del campo, con todas esas piedras que se te clavan en la espalda... A veces, abro un poco los ojos, y lo veo, borroso. Le miro a los ojos, cerrados, como si fuera la última vez, la última vez de todo... Tampoco cantamos, creo, bueno sí, mi marido parece a veces que cante música, pero de esa moderna... Las caricias sí, a veces las manos se resbalan en un descuido... El coito es un poco más breve que ese, el indio, pero eso sí, más condensado... De un sólo golpe, fuerte. Como todo lo breve, bueno. Luego me arreglo un poco la ropa y a dormir...

DEPENDIENTA.- ¿Lo hacen vestidos?

MUJER.- Claro. Por el frío.

DEPENDIENTA.- ¿Y en verano?

MUJER.- Es lo mismo. El frío emana de nuestros cuerpos.

DEPENDIENTA.- ¿Por qué no prueba a ponerse una ropa interior sensual? Yo trabajo en el ramo, puedo aconsejarle algunos modelos...

MUJER.- ¿Para qué me voy a gastar dinero en lencería si a veces a mi marido le cuesta hasta encontrarme?

DEPENDIENTA.- Pues su marido me dijo otra cosa.

MUJER.- Lo que diga mi marido, cualquier cosa que diga, tenga la seguridad de que es mentira.

Silencio.

DEPENDIENTA.- Oiga...

MUJER.- ¿Sí?

DEPENDIENTA.- Esto de la cuerda y de la venda... ¿Es necesario?

MUJER.- Claro.

DEPENDIENTA.- Mujer, a mí, la verdad es que me da igual. Estoy acostumbrada, por el trabajo... Además, hago viajes astrales. Desde que trabajo en esos grandes almacenes lo he intentado todo, con tal de huir... No me importa tener vendados los ojos. Total, para lo que hay que ver. Son las muñecas lo que me hace daño. Piénselo, podría ser su hija...

MUJER.- No tengo nada que pensar. Con uno tengo suficiente. Además, es varón. Mi hijo vale por miles de hijos. Tiene tu edad. Muy guapo y muy trabajador. Si estuviera aquí, seguro que haríais buena pareja. No por ti. Mi hijo siempre hizo buena pareja con cualquiera que se le pusiese al lado, con cualquier cosa, todo le sienta bien, y todo se siente bien al lado de mi hijo.

Silencio.

DEPENDIENTA.- Igual me equivoco, pero antes, hace un rato, ¿no ha pasado algo delante de nosotras?

MUJER.- ¿Se refiere al metro lleno de soldados?

DEPENDIENTA.- ¿Estamos en un metro?

MUJER.- Más o menos.

DEPENDIENTA.- ¿Me va a desatar ya?

MUJER.- Todavía no. Paciencia, en este mundo hay que tener paciencia. La gente impaciente no tiene futuro.

Silencio.

MUJER.- ¿Puedo hacerle una pregunta?

DEPENDIENTA.- Según. Si se da prisa, antes de que me quede dormida. Ya le he dicho que en el metro me suelo quedar frita enseguida.

MUJER.- ¿Es usted la novia de mi hijo?

La Dependienta cabecea unos instantes y cae dormida.

Interior del taxi.

El Vendedor está al volante y hace como que conduce. El automóvil no se mueve.

Taxista reflexiona. En sus manos sostiene el paquete envuelto en papel de regalo.

TAXISTA.- Que dos personas que no se conocen de nada, tengamos tantas cosas en común. Me sorprende, y mucho. Si fuera usted mi hijo... Pero no. Uno se cree, no sé, diferente, taxista, sí, como tantos otros, pero especial, distinto... Y luego resulta que no, que sólo es uno más entre otros muchos que sienten las mismas cosas que se siente cuando hay que sentir ciertas cosas, ya me entiende... Lo empecé a sospechar con algunas películas, sobre todo cuando sucedía el imprescindible numerito erótico. Ese tipo de películas donde es imposible que en un momento dado no se vea un numerito de

esos, tan erótico que da risa. Y te preguntas, ¿cómo saben que es precisamente eso lo que yo siento? ¿Qué así es como me muevo, que eso mismo es lo que digo? ¿Estaré tan ridículo? Hasta parecen pensar lo mismo que pienso antes y después, lo que pienso siempre sobre eso. ¿Cómo lo saben? Entonces dejas de sentirte especial, diferente, distinto... Y las cosas dejan de ser como eran. No sé, si en cosas tan íntimas somos tan similares, ¿por qué se llaman así, íntimas? Las cosas públicas son casi más interesantes, tienen hasta cierto halo misterioso... Me vienen a la cabeza, así, de pronto, todos esos hombres que nos gobiernan. Debe ser porque trabajo en un taxi. Me paso la vida llevando a la gente de la calle a su casa y de su casa a la calle, y he acabado por no distinguir lo público de lo privado. No sé. No entiendo nada, la verdad es que no entiendo nada. ¿Quién soy yo en realidad?

Silencio. El Vendedor, aburrido de jugar con el volante, lo suelta.

VENDEDOR.- ¿Sabe cuántas personas tengo en el mundo que se me parezcan? *(Pausa)* Quiero decir personas que sean totalmente idénticas a mí, en su forma de ser, en el físico... En todo. ¿Cuántas? ¿Se rinde? Cuarenta y dos

TAXISTA.- Cuarenta y dos.

VENDEDOR.- Y usted también. Todos tenemos cuarenta y dos personas idénticas a nosotros repartidas por todo el mundo. Ni una más ni una menos.

TAXISTA.- Eso no puede ser científico... ¿Está comprobado?

VENDEDOR.- Y a mí qué me importa. Me lo dijo un tipo en el metro, me confundió con otro, con uno de esos cuarenta y dos, imagino.

TAXISTA.- ¿Y se lo cree?

VENDEDOR.- ¿Y usted? ¿Se lo cree?

TAXISTA.- No sé. ¿Por qué no? Hoy en día puedes creer en cualquier cosa, todo parece cierto.

VENDEDOR.- Eso mismo pensé yo.

Silencio.

VENDEDOR.- Papá... *(Pausa)* ¿Puedo poner ya la radio? Igual han dejado de poner música y dicen algo...

El Taxista mira al Vendedor unos instantes.

El Taxista aparta la vista.

TAXISTA.- No se lo voy a repetir otra vez. Usted no puede ser hijo mío... Mi hijo puede parecersele, es cierto, puede que sea uno de esas 42 personas que ha dicho... pero no, mi hijo no es como usted. Imposible.

El Vendedor habla ahora al Taxista como si le estuviese contando un cuento. El Taxista se va quedando dormido.

VENDEDOR

Formamos parte del grupo más antiguo, diverso y numeroso de animales que ha existido desde que apareció la vida en este planeta. Aparecimos en los mares hace más de 500 millones de años. Fuimos los primeros en pasar de un ambiente acuático a otro terrestre, fuimos tierra adentro y supimos adaptarnos al medio. Somos muy superiores en número al de todos los demás seres vivos juntos.

El Taxista duerme. El Vendedor pone la radio y se escucha pasar un metro ruidosamente, aunque no despierta al Taxista.

Oscuro.

Luz en la cabina de venta de billetes de metro. Silencio.

Entra el Vendedor. El cuerpo del taxista cuelga dormido e indefenso entre sus brazos.

Camina despacio pero sin esfuerzo.

Llega a la cabina. Lo deja suavemente.

Apaga la luz. En la penumbra de las luces de emergencia, lo observa un rato con cierto cariño. Lo arropa, le arregla el pelo y le da un beso en la frente.

Se marcha.

Oscuro.

Mujer con bata y Vendedor (de vendedor) observa a la Mujer recogiendo los pedazos de la vajilla que tira a un cubo. Cuando acaba, comienzan a conversar.

VENDEDOR.- ¿Cómo va todo?

MUJER.- Ahora, duermo

VENDEDOR.- Eso está bien. ¿No ha dicho nada?

MUJER.- No ha abierto la boca. Parece asustada.

VENDEDOR.- ¿Y tú? ¿Has dormido?

MUJER.- No puedo. Pero da igual, me da la impresión de que después de lo que está pasando ahí arriba, no podré volver a dormir nunca. Las cosas que veo se me meten entre los ojos como astillas, y me da miedo cerrarlos por si me hago daño.

VENDEDOR.- Te he dicho que no salgas, es peligroso.

MUJER.- No puedo evitar la curiosidad.

VENDEDOR.- He encontrado a papá.

MUJER.- ¿En el taxi?

VENDEDOR.- Claro.

MUJER.- ¿Qué hacía?

VENDEDOR.- Esperaba clientes. Me confundió con uno de ellos.

MUJER.- ¿Te reconoció?

VENDEDOR.- No estoy seguro. No sé si no quería reconocerse o si en realidad no sabía quién era yo. Incluso creo que tampoco sabía muy bien quién era él. Cada vez está peor.

MUJER.- ¿Dónde está ahora?

VENDEDOR.- Lo he dejado en la cabina. Duerme.

MUJER.- Eso está bien. Que descanse.

VENDEDOR.- Sí. Y ella, ¿ha preguntado por mí? ¿No habréis hablado, verdad?

MUJER.- No. Y tú... ¿Qué piensas hacer ahora? ¿Vas a volver al cole?

VENDEDOR.- Mamá, no empieces...

MUJER.- Soy tu madre, puedo empezar lo que quiera cuando me dé la gana, y acabarlo cuando me salga de...

VENDEDOR.- Mamá, por favor. ¿Te acuerdas? Soy yo. He crecido. Tengo un trabajo serio, aquí, en el metro.

MUJER.- ¿Llamas a esto trabajo? A cualquier cosa la llaman hoy trabajo. El trabajo es sagrado, no lo olvides. Y esto, esto no es un trabajo, es una blasfemia.

VENDEDOR.- Lo llamo trabajo porque así me han dicho que se llama. Además, a mí me gusta. Me gusta mucho. Es lo único que sé hacer. Tengo tiempo para pensar, que es lo que más me gusta, pensar.

MUJER.- Sabes que no me gusta que vayas con malas compañías, riñoncito. ¿Son ellas los que te han metido en la cabeza eso de trabajar, de trabajar precisamente aquí? Encima, en la última parada... ¿Y eso de pensar? ¿Quién te ha metido en la cabeza esa tontería de pensar? Fíjate en tu padre, no ha pensado nunca. Se pierden los modelos, los ejemplos a seguir. Se está perdiendo todo y cuando queramos encontrarlo no habrá Dios que lo encuentre.

VENDEDOR.- No me digas eso.

MUJER.- ¿El qué de todo?

VENDEDOR.- Lo de riñoncito. No me gusta.

MUJER.- Te lo diré siempre, no me gusta esa gentuza con las que vas.

VENDEDOR.- Hacía tiempo que no me lo decías. Y sabes que me pone nervioso. Es una imagen espantosa. Me siento fatal cada vez que me imagino como un riñón así. Tan pequeño, arrugado, enfermo...

MUJER.- No te pondrías así, si la gente con la que te relacionaras fuera buena.

VENDEDOR.- ¿Buena?

MUJER.- Todavía existe gente buena, aunque no lo creas. El mundo está lleno de gente así.

Se miran. Silencio.

VENDEDOR.- Mamá, yo sólo me relaciono con vosotros dos y con los clientes que me pedían los billetes de metro antes de que...

MUJER.- ¿Quieres dejar de contarme tus problemas? Todos tenemos problemas, ¿sabes? No es ningún privilegio tenerlos. Como tú hay millones en el mundo, se podría decir que el mundo entero tiene problemas, que este mundo es un problema enorme

también podría decirlo, y no me equivocaría. Además, que te relaciones sólo con tus padres... ¿Qué tiene eso de problemático? ¿Eh? Nosotros te queremos, ¿no es cierto? ¿Para qué desilusionarse con otra gente? El mundo entero es una mala compañía, el mundo entero menos tus padres, bueno, menos tu madre, porque tu padre... ¿Qué se puede esperar de una vida de perros como la de tu padre?

Silencio.

MUJER.- No me gusta esa chica que ha traído. Tiene una forma de mirarme que no...

VENDEDOR.- Pues esta vez tendrás que aguantarte. Porque me gusta su forma de mirarme y se da la coincidencia de que también me gusta mirarla. Sólo tenemos ojos el uno para el otro.

MUJER.- Entonces, es cierto, es tu novia...

VENDEDOR.- Mamá...

MUJER.- Pues parece ser que...

VENDEDOR.- ¿Que qué?

MUJER.- Que hace viajes astrales.

VENDEDOR.- Eso es mentira. Ella no iría a ningún lado sin mí.

MUJER.- Sonríe de un modo extraño cuando los hace. Da la impresión de que le gusta. Mucho.

Silencio.

VENDEDOR.- Mamá.

MUJER.- Dime, riñoncito.

VENDEDOR.- ¿Cómo sabes que hace viajes astrales?

MUJER.- Me lo ha dicho ella.

VENDEDOR.- No has podido impedir hablar con ella... Siempre igual. ¿Cuándo dejaré de confiar en vosotros? ¿Cuándo?

Silencio. El Vendedor se marcha enfadado.

MUJER.- Pero, ¿qué pasa? ¿Qué te he hecho para dejarme en este silencio? ¿Qué querías que hiciera tanto tiempo? Hablar sola me marea. *(Pausa)* ¿Y se puede saber qué miran? Sí, ustedes. Desde que todo esto ha empezado no han dejado de mirarme con ojos de sapo. ¿Es que no tienen el corazón en su sitio? ¿Dónde lo tienen? Pues búsquenselo, búsquenselo bien... porque dentro de un momento les hará falta. Porque de un momento a otro voy a romperme a llorar... Y les puedo asegurar que es un espectáculo bastante desagradable...

Coge el cubo y se marcha.

Andén.

Dependiente sigue atada y con la venda en los ojos.

Junto a ella está el Taxista. Se enciende un cigarro con placer extremo.

Con cada calada, la luz irá bajando de intensidad y, al apagar el cigarro, llegará a la completa oscuridad.

Mientras tanto, habla la Dependiente.

DEPENDIENTA.- Usted debería haberme visto antes. Yo era otra. Muy muy distinta. ¿Cómo es posible tener la certeza de haber sido otra? No sé cómo puedo haber cambiado tanto en tan poco tiempo. Yo, que podía haber cambiado el mundo. Le hablo de nada... ¿De días? ¿Horas? ¿Cuánto tiempo estoy aquí? ¿Eh? *(Pausa)* Yo antes no era así, tan atolondrada, tan descuidada. Siempre he sido muy ordenada y sabía muy bien dónde me metía, sabía cuándo y por qué. Tenía en su sitio cada día, todo estaba organizado desde el día anterior, cada semana desde la anterior, cada mes igual, incluso

cada año. Fíjese... y ahora no podría saber lo que puede ocurrirme en el próximo segundo. ¿No huele a tabaco? Creo que he perdido totalmente el sentido del olfato. ¿Cuál será el próximo? *(Pausa)* Y esa forma de ser nunca, ¿me oye? Nunca me había causado problemas. Es más, tenía tiempo para pensar en los que no eran como yo. En los desordenados, esos que viven en el caos. Para pensar en sus problemas, en todos. Para cada problema en el mundo disponía de veinte minutos diarios. Ordenados alfabéticamente por países, conflictos y regiones. Cada día hacía el repaso de todos los problemas que apestan este mundo, pensaba en ellos, reflexionaba sobre ellos, elaboraba hipotéticas soluciones... ¿Qué le parece? Con solo veinte minutos para cada uno. Está asombrado... Para que luego digan que si la juventud no piensa... Yo sola pensaba por toda la juventud, por toda. Es humo, sí, se me mete por la garganta. Es tabaco. ¿Sabe que el tabaco afecta fatalmente el sentido del gusto? Las comidas, las bebidas, el sexo... ya nada sabe igual. Los besos... *(El Taxista la mira)* ¿Sabía que la boca es la intermediaria entre el cuerpo y las palabras? Por eso es tan bonito dar un beso. Aunque todo depende de las cosas que en ese momento se estén diciendo, claro. *(Pausa)* Tenía una opinión para cada conflicto armado, para cada injusticia doméstica, para cada ataque a los derechos humanos y también de los animales y hasta de las plantas... Podía hablar sobre cualquier cosa. Podría haber sido invitada a todos los programas de debate de la televisión y de la radio, participar en todos los concursos, escribir columnas de opinión en todos los periódicos, reseñas sobre películas y espectáculos, sobre libros de ficción, sobre ensayos políticos, económicos, sociológicos, gastronómicos, religiosos, deportivos... Escribir incluso todas esas cosas y reseñármelas yo misma después... ¡Yo qué sé! Y hasta hace unos días, quizás sólo unas horas, yo tenía todos mis problemas, bueno, los problemas del mundo, que de algún modo también me incumben, clasificados y archivados, listos siempre para ser discutidos en mi interior... Para ser solucionados. Si el mundo me hubiera escuchado, si hubiera querido hacerme caso después... Y ahora, ahora... ¿Cómo se me ha podido despistar este problema, mi problema? El más cercano. Y lo más extraño... ¿Se puede creer que en estos momentos no me acuerdo de ninguno? ¿Se lo puede creer? ¿Está ahí? ¿No se habrá dormido? ¿Por qué no dice nada? ¿O ha dicho algo pero ya no lo oigo? Dios... ¡Ya no oigo! Es eso. Ese era el próximo sentido que... Si es eso verdad, hágame una señal, hágamela, por favor... Una señal.

El Taxista termina su cigarro. Lo apaga y se hace oscuro total.

Se escucha pasar el metro.

LOS DESENLACES

Mismo lugar. Luces de emergencia encendidas.

La Dependienta inmóvil y silenciosa.

Continúa atada, vendada y, ahora también, amordazada. Parece estar inconsciente.

El Taxista se dirige a ésta. La manosea con una extraña mezcla de ternura y lascivia.

TAXISTA.- Mi hijo habría sido un ser excepcional si hubiera seguido los pasos de su padre, o los pasos de otro como su padre. No me hubiera importado que fueran más grandes que los míos, al contrario, mejor. Pero no. Cuando empezó a andar, yo le decía a mi mujer: “No me gustan nada esos pasos que da, son demasiado pequeños”. Y ella siempre contestaba: “Espera un poco, todavía es un niño”. Un niño... *(Pausa)* ¿Le ha dicho alguna vez alguien que tiene miedo a los ojos de los niños? ¿No? Pues entonces está usted ante el primero que se lo dice. No soporto mirarlos directamente, siempre trato de esquivar sus miradas. Me hacen daño, me pongo a temblar, no sé qué me ocurre. Si fuera un perro de esos agresivos, seguro que me comería a más de uno. Y lo haría sin querer, de forma totalmente irracional, lo juro.

De entre la oscuridad de las luces de emergencia aparece el Vendedor.

VENDEDOR.- Por eso nunca tuvo un hijo. En realidad es un perro de esos... Alguien le dio a beber algo, se convirtió en perro y ya nunca más quiso volver a su forma original. Es tan sencillo ser un perro...

El Taxista sigue hablándole a la Dependienta.

TAXISTA.- Si pones un montoncito de niños en un patio o en una habitación, no importa dónde, interesa sobre todo tener el montoncito de niños para que el experimento salga bien. Una vez tienes el montoncito de niños, entonces, debes hacer gritar a uno de ellos, sólo a uno, como sea. Si lo consigues, y esto es lo sorprendente, de inmediato, el resto de niños se pondrá a gritar también. Está comprobado. ¿No le parece inquietante?

VENDEDOR.- No insistas, no te oye.

TAXISTA.- Por eso a mi taxi nunca suben niños, ni siquiera permito que suban acompañados. Eso sólo pasa en los ascensores y en los autobuses. A mi taxi sólo suben mayores de 18 años, por eso subió usted.

VENDEDOR.- Si hubiera sabido lo que le esperaba, seguro que habría preferido ser menor de edad...

TAXISTA.- Quieres hacer el favor de callarte de una vez. ¿Qué sabes tú de estas cosas? Mírate, ni siquiera tienes vello en la cara. Y tus pasos, eso no son pasos ni son nada. No avanzas al andar. ¿No te das cuenta? Eres un niño aún. Gritarías si la hiciera gritar.

VENDEDOR.- ¿Por qué tendría que hacerte caso y callarme si siempre dices que no soy tu hijo? ¿Por qué tengo que obedecerte entonces? Además, es muy difícil escuchar lo que dices y permanecer en silencio. Es imposible.

TAXISTA.- ¿Sabes cuál es el porcentaje de personas buenas y malas en el mundo? ¿Lo sabes? Quizás te interese saberlo. Es algo que todos los padres deben enseñar a sus hijos. Si lo supieras serías de otra forma, seguro. Te harías adulto al instante.

VENDEDOR.- Entonces, no me lo digas.

TAXISTA.- Así, a ojo, el porcentaje entre buenas y malas personas debe andar entorno al 25 % y el 75 % respectivamente. Y nuestra familia siempre ha estado en el porcentaje de las buenas personas, hasta que naciste tú, que perteneces al 75 % restante.

VENDEDOR.- No siento nada. Creo que sigo siendo el mismo. Además, estás equivocado. Las últimas estadísticas dicen que todos somos buenos el 95 % del día, y luego, en un 5%, somos fatalmente malos. Algo que todos los hijos deberían enseñar a sus padres.

TAXISTA.- ¡Qué sabrás tú de estadísticas!

Llega la Mujer del taxista en camión.

MUJER.- ¿Qué hacéis todos todavía despiertos? ¿No comprendéis que si no dormís, yo tampoco puedo pegar ojo? Sólo me dais preocupaciones ¿Y yo qué os doy a cambio? ¿Amor? ¿Ternura? ¿Sacrificio? ¡Todo! Todo a cambio de dolores de cabeza. Soy una tonta, siempre lo he sido y lo peor, moriré y aún muerta y todo, seguiré siendo tonta.

VENDEDOR.- Ella duerme.

MUJER.- Ella no cuenta.

TAXISTA.- Ella es una pija. ¿No lo entendéis? Podemos hacer ahora lo que queramos con ella. Nos debe la vida. La hemos salvado de una muerte segura ahí afuera. Podemos secuestrarla y pedir un cuantioso rescate cuando pase todo. Cuando la crean muerta. El rescate será casarla con nuestro hijo y tener muchos nietos. ¿No te gustaría? Y a ti, ¿no deseas entrar de lleno en la alta sociedad, como un buen marido? ¿Eh? ¿Qué te parece? De simple vendedor de billetes de metro a importante hombre de negocios. A vender y comprar billetes pero de los de verdad. A ser dueño de grandes empresas. ¿No es un buen cambio?

VENDEDOR.- ¿De qué tipo de cambio me hablas? No pienso casarme nunca, y menos tener hijos.

MUJER.- No contestes así a tu padre. Cuando lo haces mi cabeza parece que va a estallar. Para una vez que dice cosas interesantes. Escúchale atentamente y piensa bien antes de darle una mala contestación. Es así de sencillo. ¿Pero es que ya no te gusta esta...?

VENDEDOR.- Que me guste cómo me mira no quiere decir nada.

TAXISTA.- Ya comprendo. Ahora lo comprendo todo. Aunque hace ya mucho tiempo que lo comprendí. Tú eres de esos hijos que abandonan a sus padres en asilos y extravían perros por las autopistas durante las vacaciones... Y si el padre es como un perro, mejor dicho: es un perro, que te he oído, todavía con más razón. ¿Verdad? Todo

encaja. ¿Qué te había dicho? Hemos sacrificado nuestras vidas para nada. La enfermera no abrió la boca cuando me llevó hasta tu cuna, pero nada más verte allí, todo colorado, por la vergüenza de ser ya lo que hoy eres, lo supe. La maldita enfermera apartó la vista cuando la miré pidiéndole una respuesta.

MUJER.- Os advierto que si seguís discutiendo voy a empezar a llorar y no sé cuándo acabaré.

TAXISTA.- ¿Llorar? Pues llora, mujer, llora. No te he visto todavía llorar. Nunca te he visto hacerlo. ¿Alguien la ha visto llorar alguna vez? Te has pasado la vida entera con la misma absurda amenaza. Y todavía no he visto una puñetera lágrima. Estoy harto de tu amenaza, siempre la misma. Se hace vieja contigo. ¿No te das cuenta que a fuerza de repetirla, deja de serlo? Eres tan absurda como tus amenazas. Como tu única amenaza.

VENDEDOR.- ¿Queréis dejar de discutir? Allá arriba están pasando cosas espantosas, horribles y vosotros no sabéis más que provocaros. Vuestros insultos y gritos van a acabar por despertarla. Parece tan feliz.

MUJER.- Fíjate Fernando, nuestro hijo se preocupa más por esa mosquita muerta que por su propia madre, que no ha pegado ojo por él desde que nació.

TAXISTA.- ¿Fernando? ¿Es que ni siquiera sabes el nombre de tu marido? Es increíble, tantos años y no sabe ni el nombre de su marido. Que lo olviden mis clientes es casi lógico, pero que lo olvide mi mujer...

MUJER.- Peor es que te sepas todos los nombres de tus clientes y desconozcas aún el de tu mujer. Yo habré olvidado el tuyo, pero al menos una vez lo supe. ¿Me has preguntado alguna vez cómo me llamo? ¿Eh? ¿Alguna vez lo has hecho?

VENDEDOR.- ¿Queréis hacer el favor de no gritar?

MUJER.- Déjala que se despierte, que abra de una vez los ojos de verdad y vea lo que le rodea. Largaos después los dos arriba, cogidos de la mano, como dos enamorados.

Nunca ha visto un muerto. ¿No os parece asombroso? Eso sí, sí que es increíble. Que suba... Que suba y se harte. Las calles deben estar llenas.

TAXISTA.- Una niña bien nunca ve las partes más oscuras de la vida. Las educan así. ¿No lo sabías? Para ella la gente como nosotros somos unos completos desconocidos. Sólo somos reales en sus pesadillas. Desde pequeñas les cuentan cosas monstruosas sobre nosotros, que tenemos patas articuladas, que nuestras pieles son sedosas, que secretamos veneno... Todo eso, que mordemos, cortamos, raspamos, enganchamos, aserramos, despedazamos, trituramos, picamos y succionamos. ¿Qué te parece? Aunque subiera no vería nada, aunque quisiera, nada. Pensaría que es el telediario, que los muertos de las calles son de otras calles, de otra ciudad, de un país lejano donde hace turismo.

VENDEDOR.- Ella no es una niña bien. Se gana la vida trabajando como tú y como yo. Era dependienta en unos grandes almacenes. Se ganaba la vida.

MUJER.- ¡Vaya un trabajo! ¿Es que tampoco hacen los trabajos como antes? Antes, en mis tiempos, los hombres sabían cómo encontrar mejores partidos. Mujeres con dinero. Con padres que colocarán a sus yernos inmediatamente en altos puestos de su empresa. Trabajos de verdad. Con ese trabajo vamos a tener que darle de comer. Vamos a tener que comprarle también vestidos para ir a las fiestas para que encuentre amantes que aumenten nuestros ingresos.

TAXISTA.- Oye eso, óyelo. Escucha por una vez en tu vida lo que dice tu madre. Por una vez en su vida tiene razón y habla con inteligencia.

VENDEDOR.- ¿Queréis callaros de una vez?

MUJER.- ¿Callarnos? ¿Callarme? A mí no me vuelves a decir eso a la cara nunca más. ¿Me oyes? Se empieza por hablar bajo y se termina por enmudecer. Estoy cansada de tener la sensación de que sólo digo estupideces. Estoy harta de guardar todos los minutos de silencio que nadie guarda por toda la gente que muere cada día. ¿Por qué tengo que tener yo esa responsabilidad?

TAXISTA.- ¡Esa es mi mujer! Por fin. Amenazas novedosas.

VENDEDOR.- Como la despertéis... Se va a enfadar.

TAXISTA.- Está dormida como un tronco. Ni las bombas podrían despertarla.

MUJER.- Igual está ya muerta. ¿Cuánto hace que no come? No se mueve. Aunque es normal, una mosquita muerta es así. ¿Alguien la ha visto moverse? Yo no la he visto moverse en ningún momento desde que estoy aquí. Para mí es un fiambre más y os advierto otra cosa, no seré yo quien guarde un minuto de silencio por ella.

VENDEDOR.- Yo he visto que se movía ahora mismo.

MUJER.- ¿Cuándo?

TAXISTA.- Yo no he hecho nada. Ni siquiera la he tocado. He tenido la posibilidad de hacerlo con más intimidad, he estado mucho tiempo a solas con ella y en ningún momento la he tocado. Ni se me ha pasado por la cabeza, vamos. Y con sólo pensarlo ahora, me dan mareos terribles. Yo no soy así, hombre, no soy así...

MUJER.- Pues tú la trajiste aquí. Nadie te pidió que la trajeras. Volviste cojeando. ¿Qué pasó? ¿Se te resistió? ¿Se te resistió tanto como yo en la noche de bodas?

TAXISTA.- Se durmió. Se durmió en el taxi. No hice nada. Yo estaba hablando y de repente se durmió. Nada más. Entre ella y yo sólo hay un hijo idiota.

VENDEDOR.- Papá, ¿le has dado ya el regalo a mamá?

MUJER.- ¿Un regalo?

TAXISTA.- No me llames papá. Tanto tiempo y todavía no te has dado cuenta de que no soy tu padre. ¿Cuántas veces tengo que repetírtelo? Que esta señora sea tu madre no quiere decir que forzosamente yo sea tu padre.

MUJER.- Ya estás insinuando cosas, ya vuelves a insinuar cosas.

TAXISTA.- Yo no insinúo nada, yo hablo claro.

MUJER.- Te pasas el tiempo insinuando esas cosas, y curiosamente siempre insinúas las mismas. Estoy hasta el gorro de tus dichosas insinuaciones que siempre esconden la misma insinuación.

VENDEDOR.- Mirad. Se ha movido.

TAXISTA.- Míralo. Está tan enamorado que es el único que la ve moverse.

MUJER.- Estará haciendo un viaje astral de esos. ¿No te dije que los hacía? ¿Dónde estará ahora? ¿En la India? ¿Con uno de esos que provocan orgasmos infinitos, coitos que duran años? ¿Estará con varios? Seguro que sabe hacer orgías astrales. Se le ve muy espabilada. No, no pongas esas caras... Te está engañando. ¿No lo comprendes? Y todavía no estáis casados. En mis tiempos era distinto, al menos esperábamos a estar casados.

TAXISTA.- Nuestro hijo está celoso. A su padre no ha salido, desde luego. Si algo no soy es celoso, ¿verdad?

MUJER.- Repite esa insinuación otra vez y eres hombre muerto.

TAXISTA.- Venga, adelante, no te tengo miedo. Amenázame. Ya lo he visto todo de ti. Luego despertáis a la pija y que vea a su primer muerto. Al padre-perro atropellado por un camión. No, mejor, yo no. No me gustaría ser el primer muerto que viera esta... esta... ¿Por qué no tú, hijo? Que se suicide por amor, delante de ella, que vea todo el proceso, que vea lo que es capaz de hacer un enamorado.

VENDEDOR.- Si seguís así me voy a largar. O mejor, os voy a echar de aquí a los dos, al fin y al cabo esta es mi casa. ¿Por qué no podemos coincidir los tres sin montar estos numeritos?

TAXISTA.- ¿Qué te decía? Nos manda a un asilo. Nos pone de patitas en la calle. Lo teníamos que haber abandonado en la cuna del hospital. Pero no creas que me haces temblar, no. ¿Me ves temblar? ¿A que no? Todavía tengo mi taxi. Nos iremos a vivir al taxi.

MUJER.- Pues seguro que estábamos mejor que aquí. Pero una cosa es segura: si nos vamos, ella se viene con nosotros...

TAXISTA.- Mira que cara ha puesto. Tenemos un hijo idiota. ¿Dónde has aprendido a hacer esas caras? Das pena. Una persona debe tener una sola cara para ser alguien.

MUJER.- ¿Pero de verdad crees que nos vamos a llevar otra boca que alimentar? Bastante tendremos con alimentarnos nosotros. Seguro que acabamos comiéndonos el uno al otro, como esos del avión aquel en la montaña aquella. Debió ser horrible.

TAXISTA.- Pues entonces nos la comeríamos a ella. ¿Quieres eso? ¿Quieres que nos comamos a tu amiguita?

MUJER.- Contesta a tus padres. No mires al suelo cuando se te habla.

TAXISTA.- No hay respeto ya por las personas mayores. A los ojos, míranos a la cara, cuando se te hable, a esta cara, no hay más, tengo sólo una, no es tan difícil. ¡Habla! Queremos escuchar tu opinión. ¿Quieres que nos la comamos? Hace días que no comemos. Yo tengo hambre. Y tú, cariño, ¿tienes hambre?

MUJER.- No mucha, pero tengo unas enormes ganas de cocinar. ¡Deja de mirar al suelo! Ahí no vas a encontrar la respuesta. ¡Tampoco cierras los ojos! ¿Quieres que haga unos pinchitos con tu amiga? Podrías venir a comer algún día al taxi. Te invitamos.

TAXISTA.- ¿Sabes lo que creo?

MUJER.- ¿Qué?

TAXISTA.- Que nuestro hijo está guardando ya un minuto de silencio por su amiguita. Míralo, está tieso.

MUJER.- Desde luego eres tremendamente jocosos cuando quieres. Por eso me casé contigo, por tu jocosidad... Me reiría, si no me doliera tanto la cabeza.

TAXISTA.- ¿Dime, hijo? (*Ríe por lo bajo.*) ¿A ti también te parezco jocosos? Di algo. ¿O es que también te has muerto?

MUJER.- Sí. Está muerto, como ella. Los dos juntos. Han muerto de amor en medio de una guerra. Por amor... ¡Todo esto es tan romántico! ¡Tan romántico! Cariño, ¿te has muerto de amor alguna vez por mí? ¿Eh? ¿Te has suicidado por mi amor? ¿Eh?

La Mujer suelta su risa enorme que va apagándose hasta el silencio absoluto.

TAXISTA.- Hijo, venga... No seas crío. No te enfades. ¿No ves que estamos bromeando? (*Pausa*) ¿Hijo? ¿Por qué no se mueve? ¿Qué le ocurre? No se mueve.

MUJER.- Y a mí qué me cuentas. ¿Hijo? ¿Hijo mío? Soy yo, tu madre. ¿Te acuerdas de mí? Riñoncito... ¿Qué te pasa? ¿Estás bien? ¿Hijo?

PADRE.- ¿Hijo?

La Mujer se acerca al Vendedor que se ha quedado de pie, inconsciente, con los ojos cerrados. Cuando llega, lo zarandea y cae.

La Mujer cae de rodillas melodramáticamente con los brazos levantados. Su llanto es ahogado por el ruido del paso del metro. Esta vez parece infinito, no se detiene.

Luz del alba.

Dependiente sentada en un andén del metro.

La boca abierta y los ojos como platos hacia el techo. Inmóvil.

Tiempo bastante largo, manteniendo la imagen en el más completo silencio.

De repente, despierta y se pone en pie.

DEPENDIENTA.- ¿Dónde estoy? Vaya, me he dormido otra vez. Siempre igual. ¿Por qué nadie me despierta nunca al final de trayecto? Pero entonces, ¿quién me ha bajado del metro? ¿Quién está ahí?

Entra el Vendedor. Lleva el paquete que compró en sus manos.

VENDEDOR.- Buenas noches. ¿Podría atenderme?

DEPENDIENTA.- ¿Atenderle? ¿Ahora?

VENDEDOR.- Sí, quisiera que me devolvieran el dinero. ¿Es posible?

DEPENDIENTA.- Sí, bueno... ¿Lleva el ticket?

VENDEDOR.- ¿El ticket?

DEPENDIENTA.- Me temo que sin el ticket no puedo hacer nada.

VENDEDOR.- Es que... lo he perdido. Pero el paquete está todavía sin abrir. Seguro que dentro todavía huele al perfume de sus manos. Usted misma lo envolvió. Si lo huele, reconocerá el paquete, seguro.

DEPENDIENTA.- Viene tanta gente todos los días. Doy tantos tickets al día que mis manos ya no huelen a mí.

VENDEDOR.- ¿No puede al menos intentarlo? Huélalo...

DEPENDIENTA.- Está bien, deme el paquete. (*La Dependienta lo huele*). Es cierto, es mío. Pero también huele a... ¿usted? No lo recuerdo.

VENDEDOR.- Míreme a los ojos. Seguro que así lo recordará todo.

DEPENDIENTA.- A ver.

VENDEDOR.- ¿Qué ve?

DEPENDIENTA.- Peces. Muchos peces.

VENDEDOR.- ¿Y qué hacen?

DEPENDIENTA.- Me miran, y sonríen.

VENDEDOR.- Entonces es porque le conocen. ¿No cree?

DEPENDIENTA.- No creo... yo no...

VENDEDOR.- ¿No los oyes? Dicen tu nombre. Dicen, Ana, Ana...

DEPENDIENTA.- ¿Cómo saben mi nombre?

VENDEDOR.- ¿Los oyes?

DEPENDIENTA.- No. Pero oigo el fluir del agua de un río.

VENDEDOR.- ¿Sabes que sé muchas cosas sobre ti?

DEPENDIENTA.- No es difícil, soy muy poca cosa...

VENDEDOR.- La otra vez me contaste cosas, cosas muy íntimas.

DEPENDIENTA.- ¿Yo? No es posible. Si soy muy tímida.

VENDEDOR.- Déjame pensar y verás... Para ti, todas las noches son hermosas
¿Verdad?

DEPENDIENTA.- ¿Cómo sabes eso?

VENDEDOR.- Pero no puedes verlas porque te pasas el día encerrada aquí. En este rincón olvidado de la sección de lencería.

DEPENDIENTA.- Pero, ¿quién eres? ¿Qué eres?

VENDEDOR.- Qué importa...

DEPENDIENTA.- No veo las noches porque cuando salgo de trabajar sólo puedo mirar al suelo hasta que llego a los pies de la cama y caigo muerta.

VENDEDOR.- No hace falta mirar esa noche. Todos tenemos una mucho más hermosa en nuestro interior. *(Pausa)* ¿Quieres ver la tuya?

DEPENDIENTA.- Me tomas el pelo.

VENDEDOR.- No. Si cierras los ojos podrás ver tu universo interior. Todas tus estrellas, todas pendientes de ti. Observándote. Y las estrellas fugaces cumplirán todos tus deseos, porque sólo las ves tú, sólo atenderán tus deseos. ¿No las oyes? Están locas por cumplirlos. Anímate. Cierra los ojos y pide un deseo. Esta noche, todos tus astros te son propicios.

DEPENDIENTA.- *(Trata de cerrar los ojos)* No puedo cerrar los ojos...

VENDEDOR.- ¿Quieres que te ayude?

DEPENDIENTA.- Está bien.

*El Vendedor acerca muy lentamente sus dedos hacia el rostro de la chica,
hacia sus párpados
y los cierra con el leve roce de las yemas,
muy delicadamente.*

La luz baja lentamente con los párpados.

Oscuro.